

Max Jiménez y los coleccionistas

MARIA ELENA ODIÓ DE ROSTROM

A raíz del interés que se ha despertado en los últimos años por coleccionar obras de nuestros artistas costarricenses, se ha desatado una serie de falsificaciones de dibujos y pinturas de algunos de estos creadores que habiendo partido ya de este mundo, no pueden escaparse de las tan malas imitaciones que se les atribuyen.

El escritor, escultor y pintor, Max Jiménez Huete, pertenece a este grupo de "escogidos".

Su obra pictórica es amplia y ha estado en posesión de la familia.

Al morir el artista, el Museo Nacional la tuvo en calidad de préstamo o guardián hasta tanto los hijos de éste tuvieran mayoría de edad y decidieran qué hacer con ella.

Debido a la mojigatería de la época respecto al desnudo y quizá también por seguridad, estaba en una sala cerrada a la cual únicamente se podía entrar acompañado de un representante del Museo, previa solicitud de permiso y llave en la oficina. Por lo menos así fue la primera vez que tuve la oportunidad de admirar las pinturas de Max Jiménez. Esto, el mal estado de la sala y el cuidado un tanto pobre que se le daba a la obra, me imagino por escasos recursos del Museo (hace ya más de 25 años), hizo que los hijos del artista decidieran retirar las pinturas y se dedicaran ellos mismos a cuidar la obra de su padre.

Por la década del 60, se seguía considerando a los artistas como grupo aparte, bohemios, medio irresponsables; estudiar arte era perder el tiempo. Sin embargo, a la vez, germinaba en las nuevas generaciones un interés por tomar el arte en serio, hacer de él una profesión y enseñar a la sociedad la importancia y trascendencia del arte en la historia de la humanidad.

Se abrían y se cerraban galerías. El grupo de los grandes artistas seguía trabajando y exponiendo y afortunadamente, dedicaron sus largos ratos a enseñarnos el camino del arte y la admiración y amor hacia él.

El caso de Max Jiménez era especial. Oíamos hablar de su obra pero pocos la habíamos visto.

Por ahí de 1967, se abrió la galería Amighetti. La familia de Max Jiménez prestó un grupo de óleos para esta ocasión.

En 1974, la obra completa se expuso en el Museo Nacional.

Ambas exposiciones se hicieron como muestra pictórica, no con fines de venta.

El caso de los dibujos es parecido. Según nos contaba don Francisco Amighetti, Max era sumamente cuidadoso con sus dibujos y los tenía muy ordenados y bien guardados. Quizá uno que otro intercambiaba con sus amigos pintores. Efectivamente, doña Clemencia Soto, su señora, guardaba los álbumes que Max mismo había ordenado, unos de caras, otros de figuras.

Todos los dibujos en estilo muy propio suyo y la mayoría, bocetos para sus óleos, esculturas y grabados.

En 1977 se expuso una muestra de 70 dibujos. Algunos se vendieron y de ellos la familia lleva el "record".

Las falsificaciones de óleos y dibujos de Max aparecen por "rachas". Me pregunto si algún día intentarán falsificar un libro o una escultura. Sería más arriesgado deben pensar los falsificadores. Pero en el dibujo y el óleo es lo mismo. El trazo o la pincelada o el modo de usar una gubia o un cincel es tan particular como la caligrafía. Por algo a la firma de las personas se le da tanta importancia.

La familia de Max Jiménez ha cuidado su obra, la conoce absolutamente. Quizá se podrían tomar las falsificaciones por el lado positivo: tanto se ha llegado a admirar a Max Jiménez y hay tanta demanda de sus obras que, como sea, hay que tener algo de él, aunque sea falso... pero, realmente, ¿querria alguien tener una obra suya falsa o robada?...esto sería aun más grave.